

El dolor de los demás

Leslie Jamison nos ayuda a empatizar con el sufrimiento ajeno en días de insensibilidad. En su libro de ensayos reflexiona sobre ello mientras pasea por sus propias heridas

Por Isaac Rosa

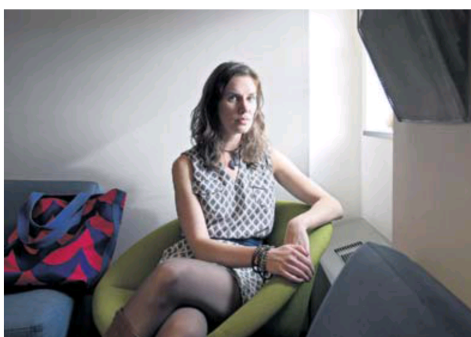
ENSAYO. UN IMPACTANTE VÍDEO de la ONG Save the Children mostraba la vida de una niña londinense a lo largo de meses: cumpleaños, juegos, risas, su primer beso, disfraces, como cualquiera de nuestras hijas. De pronto estalla una guerra que alcanza Londres, y su día a día se va oscureciendo hasta acabar en un campo de refugiados. Con 50 millones de visionados en YouTube, ¿consiguió sensibilizarnos sobre el drama de los niños sirios? ¿Nos pusimos en el lugar de esas familias —esto es, empatizamos con— ¿O la mayoría lo vimos con la misma fascinación morbosa que apuntaba Ignacio Vidal-Folch en un reciente artículo en *El País Semanal* sobre el “turismo de la desolación”?

Hoy mismo, ante los refugiados que llegan desesperados a Europa, ¿qué nos provoca su dolor televisado? ¿Nos queda algo de empatía, o somos ya todos visitantes potenciales de esa inofensiva Disneylandia del sufrimiento creada por Banský?

La empatía es la pregunta de fondo de *El anzuelo del diablo*, recopilación de breves ensayos que nos sitúan “ante el dolor de los demás” —tomó prestado un conocido título de Susan Sontag, autora a cuya sombra se acoge Leslie Jamison—. El libro se abre con una cita rotunda de Terencio: “Hombre soy; nada humano me es ajeno”. Y por si quedaba alguna duda, la joven autora se tatúó la frase en

un brazo. Aunque, como reconoce en el epílogo, su insistencia en la empatía la ha convertido en antena receptora del dolor de muchos lectores.

Jamison no enfrenta la pregunta directamente, sino mediante atractivos rodeos: el dolor fingido de quienes ac-



La escritora Leslie Jamison en Nueva York. Foto: Sarah Shatz

túan como enfermos ante estudiantes de medicina; el dolor incompreso de los afectados por un síndrome inexistente; el dolor buscado por los participantes en un maratón de montaña; el dolor sobreactuado de los familiares de unos asesinados frente al dolor resignado de los falsos culpables; o el dolor visitable en distintos escenarios de sufrimiento y violencia donde se siente participe de aquel turismo de la desolación.

Pese a la abundancia de historias, el hilo conductor es la propia Jamison: mientras piensa el dolor ajeno, nos va enseñando sus más íntimas heridas y cicatrices, físicas y psicológicas. Un progresivo desnudo anatómico y moral que marca el principal reto del libro: lograr que el lector empatice no tanto con las historias recogidas, sino con la propia autora.

Con un tono más narrativo que re-

flexivo —Jamison es novelista, y aquí deja notables ejercicios de estilo— nos lleva irresistiblemente hasta el verdadero foco de interés, en las páginas finales: el ensayo más extenso y consistente del libro, titulado con algo de grandilocuencia ‘Gran teoría unificada del dolor femenino’. Si todo lo anterior se lee con gusto e interés —a veces lastrado por ser una colección de artículos y no un texto unitario—, este último ensayo es el más audaz y controvertido, y merecería un libro entero, muchas más de sus 50 páginas.

En él, Jamison aborda el sufrimiento de las mujeres, su representación y su percepción: la “mujer posherida”, aquella que hoy se toma a broma su dolor antes de que lo hagan los demás, sin que por ello haya dejado de sentir dolor. Mujeres hartas de Sylvia Plath y de las representaciones culturales del sufrimiento femenino, como si todo fuese autocompasión y narcisismo. Cómo representar hoy ese dolor sin “convertirlo en un fetiche”, se pregunta Jamison, y concluye: “Sé que la mujer sufriente es un tópico, pero también sé que muchas mujeres siguen sufriendo”.

Apoyada en una breve bibliografía, sin atender a aportaciones filosóficas ni sociológicas, inspirada más en novelas, poemas y películas, Jamison logra una mirada personal y muy literaria en la estela de los textos más íntimos de Joan Didion. Así devuelve al lector la pregunta sobre la empatía: la lectura se convierte en una forma de ponernos en el lugar de la autora, pensar su dolor y compartir su inquietud por un mundo que prefiere censurar los excesos melodramáticos para no ver el dolor realmente existente. •

Ella dijo no

Por Luz Gómez

MEMORIAS. En la figura de Amina Cachalia (1930-2013) confluyen azares que la predestinaban a la mera supervivencia en el gueto: era mujer, sudafricana, de origen indio, musulmana y filocomunista. Pero no sucedió así. Amina Cachalia fue una persona tan singular como convencida de que solo mediante un proyecto colectivo se lograría acabar con la segregación racial en Sudafrica. Si bien la comunidad india sudafricana apenas supone el 2% de la población, su lucha contra la discriminación fue determinante en la construcción de un movimiento de resistencia pacífico, transversal e inclusivo, en la estela de Gandhi, que no en vano vivió 21 años en Sudafrica. Amina fue, aunque nunca presumió de ello, una aglutinante que se esforzó especialmente en hacer valer el papel de las mujeres en la lucha *antipartheid*. Su autobiografía ilumina con humor aspectos poco conocidos de los personajes que fueron compañeros suyos (Mandela, Walter Sisulu, Oliver Tambo), da cuenta del absurdo de la vida cotidiana bajo el *apartheid* —como que no pudiera hablar en su propia casa con su marido por estar ambos bajo orden de restricción de movimientos y contactos—.



Autobiografía. Cuando esperanza rima con historia

Amina Cachalia
Traducción de Rocío López
Catarata. Madrid, 2015
303 páginas. 23 euros

El relato incorpora a lo que se narra en primera persona testimonios en contrapunto de personas que trataron a la autora. Cuando la libertad llegó a Sudafrica, Amina fue la mujer que dijo “no” a Mandela. No solo a una propuesta de matrimonio, por lo que ha pasado a la crónica rosa, sino también cuando las debilidades de Madiba por una Winnie delirante o por los antiguos compañeros contravenían sus principios. •

Hispanismo emplumado

Soler muestra la sociedad al desnudo a través de un joven embaucador que cree ser descendiente de Moctezuma

Por Carlos Pardo

NARRATIVA. COMIENZOS DEL SIGLO XVI. El conquistador Juan de Grau regresa a sus tierras catalanas, al pequeño pueblo de Toloriu, con una esposa muy especial: la princesa Xipaguazin, hija de Moctezuma. ¿Ha sido raptada? ¿Es un presente de Hernán Cortés? ¿Fruto del amor? No importa. La princesa pierde la razón en el tránsito al nublado clima pirenaico, y su corte (un hechicero y cuarenta aztecas) emigra hacia el Sur, a las cuevas del Sacromonte. Esto tampoco es determinante. Grau y Xipaguazin tienen un hijo. Esto sí.

Con este material casi verídico arma su nueva novela el mexicano de origen catalán Jordi Soler (Veracruz, 1963), que acaba de publicar además *Ensayos bárbaros* (Círculo de Tiza). Y digo “casi” porque, por una parte, “el capítulo de Xipaguazin nunca ha tenido alguna relevancia histórica y su ra-

reza lo hace parecer una pieza de ficción”, equivoco del que se nutre la imaginación satírica de Soler. Pero también porque la cualidad ficcional de este “raptó” es el origen de las ambiciones aristocráticas de los personajes de *El príncipe que fui*: cuatro siglos y pico después, el joven heredero de una empresa conservera catalana descubre que es descendiente de Moctezuma. Auspiciado por el régimen, Kiko Grau-Moctezuma se enriquecerá vendiendo títulos nobiliarios prehispánicos a la burguesía franquista, será “el soltero más codiciado de España”.

Soler se vale de este personaje estrambótico, embaucador, daliniano, dandi de capa emplumada que se hace pasar por azteca aprendiéndose los diálogos de una película mexicana, caballero templario y *hippy* de Pedralbes, para mostrar, al modo picaresco, la sociedad al desnudo. Y también el origen falsario de toda aristocracia,



El príncipe que fui
Jordi Soler
Alfaguara
Madrid, 2015
240 páginas
17,90 euros

la connivencia de la burguesía catalana con el franquismo y, finalmente, la farsa del hispanismo, el carácter ambiguo y ridículo de la relación entre España y América, desde Hernán Cortés hasta el “por qué no te callas”.

Pero que nadie espere una novela política al uso, sino un ejercicio de cuidada verosimilitud caricaturesca. Gran parte del disfrute de *Ese príncipe que fui* estriba en todo aquello que tiene la elegancia de no ser: no es un panfleto, no es una novela histórica, no es un libro de investigación, no se alimenta de la “actualidad” (tampoco es una novela de autoficción sobre el “mal absoluto” ni sobre un “farsante absoluto”).

Soler trabaja en la ambigüedad, en esas “grietas que deja la realidad para que se

filtre la invención”. Y sería grandilocuente decir que el tema de este libro (sabidamente cervantino) es la literatura, pero en verdad lo es. Sin que se note, sin pedantería. La vida como obra literaria.

Soler se sirve del humor en varios planos. Con maestría en el giro anticlimático: haciendo coincidir lo más alto y lo más bajo en una sola frase, un humor disolvente, moral y... democrático. Y también en la elección del narrador, un banquero catalán jubilado que no puede dormir sabiendo que el tesoro de Moctezuma puede hallarse a tres horas, en coche, de su casa. Un narrador convertido en biógrafo (con la caricaturesca “objetividad” de los biógrafos nabokovianos) de Kiko Grau-Moctezuma y su ayudante Crispín, heredero de los aztecas del Sacromonte (!). “Una aventura contradictoria de la que me arrepentía todos los días, pero también, y quizá con mayor intensidad, me sentía satisfecho de estar haciendo algo útil con su jubilación”.

En una época de experimentos narrativos con material verídico no siempre sutiles, Soler recupera el conflicto original: la literatura es el equivoco, la imposibilidad de distinguir ficción y verdad. Otra vez Cervantes. Quienes hacen de su vida una farsa y se creen sus propias mentiras. Las sociedades que se sostienen en esas mentiras. •